

hacia Roma, quizás se entablaría la lucha con las tropas francesas y ¡cuáles no serían las consecuencias del conflicto! Reproducir las complicidades de 1860, hubiera sido la más inexcusable de las faltas. Resuelto á guardarse de toda complacencia, el gobierno decretó medidas enérgicas: ya se habían enviado importantes fuerzas á Sicilia; y al tenerse noticia del desembarque en tierra firme, nuevas tropas fueron lanzadas en persecución del aventurero. Este vivaqueaba en la meseta de Aspromonte, deseoso de evitar todo encuentro y disponiéndose á marchar hacia el Norte. Allí le alcanzaron, en 29 de agosto, los realistas al mando del coronel Pallavicini. No hubo combate, sino algunas balas cambiadas entre los soldados y los voluntarios más fogosos. Los garibaldinos se rindieron, y con ellos su jefe, que había recibido una herida bastante grave en un pie. Asegurado el triunfo, Víctor Manuel y sus consejeros parecieron asombrados de su firmeza y como embarazados de su victoria. El prisionero era el hombre que, con Cavour y con el mismo soberano, compartía el honor de haber formado la Italia. El grito de *¡Roma ó la muerte!*, dado en las costas de la Italia meridional, había resonado muchas veces en las cámaras, con la diferencia de que Garibaldi daba su sangre donde los demás se contentaban con prodigar sus palabras. En 30 de agosto, el cautivo fué embarcado en una fragata italiana y transportado á Spezzia, donde llegó con una escolta que más parecía hacerle honores militares que custodiarlo. Acudieron muchos agentes para vigilarlo, pero aún tuvo mayor número de médicos para asistirlo en su cura, de patriotas para aclamarlo y de turistas ingleses que se distribuían como reliquias todo lo que él había tocado. Habiendo cundido la noticia de que la herida tenía mal aspecto y la amputación sería necesaria, la ansiedad llegó al colmo de un extremo al otro de la península y nadie la experimentó tan grande como los victoriosos; si Garibaldi muriese de una bala italiana, ¡cuál no sería la suerte de los que le habían herido! Disipada aquella grande alarma, quedó la dificultad del desenlace. ¿Qué hacer del precioso rebelde? ¿A qué jueces se le iba á entregar? ¿A un jurado calabrés? ¿Al Senado? ¿A un consejo de guerra? Mientras tanto, se acababa de anunciar el casamiento de la princesa María Pía, hija de Víctor Manuel, con el rey de Portugal, y los más inteligentes estaban persuadidos de que este enlace ofrecería un pretexto natural para una amnistía. La previsión se realizó, y así el rey se atribuyó el mérito de la clemencia, ahorrándose el terrible fastidio de un proceso.

En las Tullerías habían seguido con una curiosidad extrema la tentativa de Garibaldi. Hasta entonces, entre Turín y Roma, el emperador se había mostrado perplejo, empeñándose inútilmente en conciliar lo inconciliable. La intentona de Aspromonte le sorprendió en esa disposición de ánimo. Los insultos de Garibaldi le irritaron como una ingratitud. Las agitaciones de Italia entibieron su fe en el nuevo reino. Como reinase una grande emoción en el Vaticano, publicóse en el *Monitor* una nota que afirmaba, en términos más enérgicos que de costumbre, los deberes de Francia con el Padre Santo: «Sepa el mundo, añadía el órgano oficial, que

(1) *Monitor* del 25 de agosto de 1862.

Francia no abandona en el peligro á los que ha tomado bajo su protección (1).» Este lenguaje era menos una garantía para el papa que una advertencia para Víctor Manuel. En esto llegó de Italia un mensaje de una lógica singular, de una conclusión más singular todavía, y muy propio para cansar la benevolencia de Napoleón. Podía creerse que los recientes acontecimientos causarían alguna confusión al gobierno italiano. Lejos de excusarse, apoyóse en la rebelión reprimida para reclamar su salario. El 10 de septiembre de 1862, en un despacho á sus agentes diplomáticos, el general Durando, ministro de Negocios extranjeros, invocó la intentona de Garibaldi como un síntoma de la opinión pública, resuelta á abreviar la terminación de la unidad. «La ley ha vencido, decía; pero la consigna de los revolucionarios ha sido esta vez, hay que reconocerlo, la expresión de una necesidad más imperiosa que nunca. La nación entera reclama su capital; si acaba de resistir al impulso inconsiderado de Garibaldi es porque está convencida de que el gobierno del rey sabrá cumplir el mandato que recibió del Parlamento respecto á Roma. El problema ha podido cambiar de aspecto, pero la solución ha venido á ser más urgente.» El general Durando se dirigía á todas las potencias y muy especialmente á los Estados católicos: «Todos reconocerán el peligro de mantener por más tiempo entre Italia y el papado un antagonismo cuya única causa reside en el poder temporal.» La conclusión era que Europa y sobre todo Francia autorizasen cuanto antes á Italia á llevar á término, bajo formas legales, la obra que Garibaldi había intentado torpemente por medio de la violencia.

En su moderación estudiada, este lenguaje era muy atrevido. El resultado fué contrario á las aspiraciones de Italia. En 25 de septiembre, el *Monitor* publicó toda la documentación de las negociaciones intentadas en Roma, durante la primavera última, por el Sr. de La Valette. Hubiérase dicho que Napoleón quería tomar á Europa por testigo de sus infructuosos esfuerzos y dar por terminadas unas gestiones decididamente ilusorias. Si, al desentenderse de los asuntos del nuevo reino, el emperador se hubiese desentendido también de los asuntos romanos, el gabinete de Turín no hubiera perdido en el cambio, y aun hubiera ganado quizá. La incertidumbre fué corta. El 17 de octubre, un verdadero golpe de Estado diplomático marcó claramente la orientación del gobierno imperial. Benedetti en Turín y La Valette en Roma fueron relevados de sus funciones; eran los dos principales *italianísimos*, como les llamaban irónicamente sus adversarios; y Thouvenel, ese otro amigo de Italia, aunque amigo menos apasionado y mucho más atento á las necesidades de la política general, fué al mismo tiempo reemplazado en el ministerio de Negocios extranjeros. La elección de sus sucesores acabó de precisar la evolución. El nuevo embajador en Roma fué el Sr. de La Tour de Auvergne, hermano de un cardenal y personalmente muy afecto á la política conservadora. El nuevo ministro de Negocios extranjeros era el Sr. Drouyn de Lhuys, sacado del profundo retiro en que vivía hacía siete años y cuyo nombre significaba inteligencia con Austria, mantenimiento del *statu quo* territorial y estricta observancia de los tratados.

«Hétenos *desitalianizados* para mucho tiempo,» es-

cribió uno de los contemporáneos al leer los decretos de 17 de octubre (1). Era una exageración. Las disputas de Napoleón con Italia fueron siempre parecidas á esas querellas matrimoniales invariablemente seguidas de reconciliación. Esta vez, sin embargo, el enfriamiento de relaciones fué algo más marcado y menos pasajero que de costumbre. El lenguaje de Drouyn de Lhuys, al tomar posesión de su cargo, fué muy deferente para el Padre Santo, bastante duro en cambio para los consejeros de Víctor Manuel, y sobre todo para el general Durando, que, en su despacho de 10 de septiembre, «se había apropiado, según decían, el programa de Garibaldi.» Habiendo llegado á Roma el Sr. de La Tour de Auvergne, el Padre Santo lo acogió con la más afectuosa confianza, manifestó una grande alegría de verlo, y habló de Francia con gratitud, y de sus propias desdichas sin amargura. Como las fórmulas del lenguaje variasen algo en las esferas oficiales, se insistió mucho menos sobre la obstinación del papa y mucho más sobre la temeridad de Italia. Otra señal de evolución fué la negativa bastante seca de Drouyn de Lhuys á las peticiones de los ministros ingleses, que, en odio al *phariseísmo*, no cesaban de insistir en que las tropas francesas evacuasen Roma. Bajo tales auspicios empezó el año de 1863.

En Turín se observaba con despecho y con una ligera ansiedad aquella evolución. Entonces acudióse, como de costumbre, al buen Arese para que fuese otra vez á hablar con el emperador. La misión del diplomático oficioso fué artificioosamente disfrazada bajo un ofrecimiento de concurso: los asuntos de Grecia, de Polonia y otras presagiaban muchas complicaciones; si Napoleón desenvainaba la espada, no le faltaría el apoyo de Italia, la cual combatiría á su lado como en 1855 y en 1859. «He llegado al hotel de Douvres, escribía en 16 de marzo Arese al conde Pasolini, que desempeñaba entonces la cartera de Negocios extranjeros. Apenas instalado, recibí de parte del emperador una invitación á que me alojase en las Tullerías. Después de una resistencia moderada, cedí. Fuí colmado de tantas atenciones, particularmente de parte de la emperatriz, que aguré mal de ellas; temí que se me quisiese pagar con aquella moneda y anduve prevenido.» Acerca de Venecia el emperador empleó un lenguaje que hacía concebir muchas esperanzas. «Todos mis esfuerzos, dijo, tienden á que la obtengáis. —¿Y el Tirol italiano?, atrevióse á preguntar Arese. —¡Ah!, no puedo poner de este modo *los puntos sobre las íes*,» replicó el emperador con una ligera sonrisa y reprimiendo suavemente aquella avidez. Cuando los dos amigos empezaron á hablar de Roma, el soberano mostróse mucho más reservado. «No es posible hacer nada hoy, dijo en tono bastante resuelto; dos veces he tomado ya las disposiciones necesarias para retirar mis tropas, y dos veces las expediciones de Garibaldi me han hecho cambiar de resolución... Todos gritáis en todos los tonos: Queremos Roma, tenemos derecho á ella... Pero, vamos á ver, si, á propósito de la cuestión polonesa, el Sr. Billault dijese al Senado: El Rhin es nuestro, lo queremos, ¿no se diría en toda Europa: El emperador y el Sr. Billault están locos?» Adoptando luego un tono más conciliador, añadió el monarca: «Creedme, estad quietos y tranquilizad al papa.» Y con más doblez que franqueza, dejó escapar como al descuido estas palabras: «Dejad que el Padre Santo adquiera la convicción de que no le atacaréis, y entonces retiraré yo mis tropas, y después haréis lo que os plazca.»

Arese salió de París muy desesperanzado, á pesar de las últimas palabras del emperador. «La proximidad de las elecciones hace que se quiera contar mucho con el clero,» escribió. Haciendo resaltar esta consideración, el enviado italiano daba una prueba de perspicacia. El año que empezaba era el señalado para la renovación del Cuerpo legislativo. El gobierno imperial estaba poco dispuesto á abandonar su actitud hostil en presencia de los jefes del partido religioso, y los dejaba escarner entonces en una comedia famosa (2); pero pretendía retener bajo su bandera el grueso de aquel ejército dócil que había hecho el imperio y hacía doce años que lo sostenía. Esta política exigía que las ruidosas disputas de los años anteriores se olvidasen un poco y que la cuestión romana pudiese ser presentada á las masas católicas como una cuestión, no resuelta sin duda, pero en vías de apaciguarse. Este era el principal motivo de la evolución que acabamos de referir, y en eso se relaciona estrechamente con nuestros negocios exteriores el episodio de los asuntos italianos que hemos creído oportuno relatar aquí.

V

El Cuerpo legislativo había sido ya renovado en 1857. Las elecciones que se preparaban iban á tener mayor importancia. En 1857, el país no vió en las elecciones más que un recuento del plebiscito; en 1863 no aspiraba todavía á dirigir sus negocios, pero mostraba ya el deseo de conocerlos. En 1857, la palabra libertad no hubiera sonado sino en oídos indiferentes: en 1863, esta palabra evocaba toda especie de recuerdos que, unos tras otros, despertaban como se reanima la memoria después de un largo letargo. En 1857, todo lo que había recibido el sello del imperio parecía sospechoso ó anticuado; en 1863, la independencia, que aún no aseguraba la popularidad, no acarrea ya de derecho el ostracismo. En 1857, los hombres de los antiguos partidos hubiesen asustado como espectros: en 1863, los espectros no asustaban ya; la gente se acercaba á ellos con curiosidad, hasta los veía con un vago placer; y, sin que ordinariamente el favor tuviese que llegar hasta el voto, se aventuraba á recordar con una ligera, muy ligera benevolencia, lo que en otro tiempo habían hecho. En 1857, el silencio parecía la principal habilidad y la principal virtud: en 1863, la elocuencia había reconquistado su prestigio. Así es que el cuerpo electoral y las disposiciones de los candidatos habían cambiado. El mandato legislativo, que últimamente había sido desdeñado como un honor pueril ó funciones serviles, iba á ser deseado por los hombres más ilustres. Todo se había agrandado, y muy particularmente el círculo de las cosas á defender. En 1857, el emperador protegía de tan alto todos los intereses morales ó materiales, que los hombres de orden no podían abrirse camino sino ab-

(1) Vieil-Castel, *Memoires*, tomo VI, pág. 195.

(2) *Le fils de Giboyer*.

sorbiéndose en él: en 1863, los intereses religiosos, abandonados ó débilmente defendidos por Napoleón, llamaban en su auxilio á todos los que de buena gana hubieran prolongado su reposo. Un instinto mal definido, una especie de presciencia, atraía hacia las cosas políticas á los menos ambiciosos. En 1857, el país, que había entregado carta blanca al soberano, no se figuraba que éste pudiese inscribir en ella compromisos temerarios; de ahí una seguridad tranquila, muy parecida á la abdicación; en 1863, el espíritu público se sentía desconcertado por todo lo que el emperador abarcaba. «Nuestros soldados, dijo un día el soberano, han sido victoriosos en Europa, Asia, Africa y América.» Aquel esparcimiento de nuestras fuerzas, aquel compromiso de nuestra política que en todas partes se salía con caprichos, eran cosas que suscitaban menos orgullo que ansiosas reflexiones; de ahí la idea de asistir, de contener, de combatir, si era preciso, á aquel en quien no se atrevían ya á confiar. A propósito de las elecciones que se preparaban, uno de los contemporáneos escribía: «El viento que sopla tiene cierta violencia, pero ¿es una borrasca ó el principio de una tempestad (1)?» No, no era la tempestad, y el huracán estaba lejos. Pero se había llegado á la primera protesta notable contra el gran anonadamiento de 1852. Lo cierto es que todos los partidos se agitaban, muy débiles todavía, muy mal armados en presencia del sufragio universal, y divididos, por añadidura, entre sí, pero impacientes ya por rehacerse: por primera vez desde la instauración del reinado se pueden seguir distintamente sus huellas y se les puede describir.

De todos los partidos, el democrático ó republicano era, no el más incómodo para el gobierno, sino el que, por su influencia en las grandes ciudades, reunía más sufragios. Del conjunto de este partido se destacaban tres grupos: los demagogos y radicales exclusivos, los hombres de 1848, y un grupo más joven que se creía y se titulaba el partido del porvenir y lo era en efecto.

Los demagogos y radicales exclusivos tenían casi siempre puestos los ojos en tierra extranjera. Víctor Hugo, prisionero en la isla de Jersey; Ledrú-Rollin, Luis Blanc y Schelcher, establecidos en Londres; Barbés, residente en Holanda; Quinet y Charrás, refugiados en Suiza, tales eran los personajes cuyos nombres acudían sin cesar á los labios de radicales y demagogos. Estos no obedecían, sin embargo, á ninguna consigna. Separados entre sí por las distancias, por el amor propio, por todos los rozamientos de un largo destierro, los jefes exóticos de la democracia se hallaban en malas condiciones para trazar un plan común de acción; y aun cuando lo hubiesen trazado, la indisciplina de sus amigos de Francia hubiera enmendado sus combinaciones al extremo de destruirlas. A falta de programa universalmente aceptado, *el Partido*, como se llamaba á sí mismo con exclusión de todos los demás, encontraba toda su fuerza de cohesión en la vivaz energía de sus odios. De todos los odios, el más implacable, el más irreductible era el que les inspiraban el emperador y el imperio. Cuando del choque del amor propio ó del interés de unos y otros había resultado algún debate violento, la invectiva contra Napoleón era como el deriva-

(1) Doudan, *Lettres*, tomo III, pág. 291.

tivo que desviaba todas las cóleras intestinas concentrándolas sobre el personaje execrado. El odio al emperador, sentimiento inflexible á modo de un dogma, hacía callar toda justicia y toda razón, y los rumores más ridículos ó más locos, las calumnias más neciamente perversas parecían muy naturales desde el momento que atacaban en su honor al soberano, á su mujer ó á su hijo. En este grupo, la disposición habitual era un desdén lleno de altivez por los demócratas menos fanatizados que se limitaban á combatir al imperio y no llevaban la aversión despreciativa al punto de parecer ignorarlo. En el extranjero los proscritos que, á pesar de la amnistía, habían prolongado su destierro denunciaban con amargura la tibieza de los que llamaban *republicanos políticos*: se quejaban de que se tomasen los acuerdos sin su intervención, de que fuesen á Inglaterra, á Bélgica y á Suiza sin acordarse siquiera de visitarlos, y de que su voluntario destierro, lejos de colocarlos entre los mártires de la causa, fuese motivo de indiferencia ó de olvido. En nuestro suelo, sus coreligionarios de Francia, poco numerosos, pero muy entusiastas, les hacían eco. Estos vivían en su patria tan aislados como lo hubieran hecho en el destierro. Su existencia era muy singular. Tanto los que no se habían movido del país como los que habían vuelto á él después de la amnistía, vivían en una voluntaria ignorancia de todo lo que pasaba en torno de ellos. No querían admitir nada sino de tierra extranjera, la única libre, según afirmaban; del extranjero llegaban hasta ellos los sueños, las inspiraciones de los desterrados, y se acostumbraban á considerar como opinión de Europa y del mundo entero lo que no era más que la repetición ó el prolongamiento de sus propias ideas. Se agitaban en un círculo estrecho y sombrío, y, por temor de que la luz les hiciera ver algo que les ofuscara, cerraban los ojos. Una de sus mayores alegrías era obtener los libelos publicados en Londres, Ginebra ó Bruselas: ocultamente y á costa de un pequeño peligro que duplicaba el placer, saboreaban la fruta prohibida y la hacían saborear á sus amigos. Se aprendieron de memoria los *Châtiments* de Víctor Hugo; más tarde, otros libros, tales como *Les Propos de Labiénus* y el *Dialogue entre Machiavel et Montesquieu*, habían de encantarlos. Para distraerse en su aburrido y hosco retraimiento, abultaban las pequeñas noticias. Un día, en el concurso general de los liceos, se había dado á los candidatos, como tema de amplificación, el elogio del rey Jerónimo, que acababa de morir. Uno de los competidores, que, según creo, se llamaba Richard, en vez de cantar al héroe oficial, celebró á Garibaldi y á Mazzini, y la resistencia al golpe de Estado y, en una palabra, todo lo que estaba prohibido. Lo que no era más que malicia de estudiante atrevido pareció un acto heroico; la composición poética circuló manuscrita, y se declaró muy seriamente que había nacido un nuevo Juvenal. Juvenal estaba de moda, lo mismo que todos los romanos que habían reprobado la tiranía. El más leído era Tácito: se le detallaba por medio de citas con frecuencia truncadas, y los mismos rasgos que habían pintado á Nerón ó Tiberio parecían hechos para pintar á Napoleón. Los más eruditos recordaban diversos senadores condenados antiguamente al veneno ó á abrirse las venas, y como todos aquellos fanáticos se exaltaban mutuamente,

te, las viejas narraciones en boga adquirían aires de actualidad. Aquellos crédulos y terribles demócratas se persuadían de buena fe de que inspiraban al *tirano* un odio igual al que ellos le tenían. Todos creían ser objeto de una vigilancia especial. No dudaban que uno de los principales cuidados de la administración de correos consistía en abrir sus cartas; se consideraban siempre amenazados de pesquisas y daban á entender que tenían en el extranjero algún sitio seguro en que guardaban su correspondencia, sus notas, sus documentos, en una palabra, toda clase de testimonios que servirían un día para condenar el régimen detestado. No acababan nunca ninguna de sus conversaciones sin hablar de Napoleón, de sus bribonadas, de sus dispaciones ó de sus crímenes. Algunos, aleccionados por la experiencia ó calmados por la vejez, han recordado después con cierta confusión sus excesos de elocuencia. Los hemos visto excusarse de su monotonía con una sonrisa de escepticismo y arrepentimiento. «¿Qué queréis?, decían; á *Badinguet* (así llamábamos al emperador) le atribuíamos no sólo las calamidades públicas, sino también los desengaños más vulgares. Tan pronto como nuestros hijos sabían hablar, les enseñábamos á maldecir á aquel hombre. Le hacíamos responsable de todo: del mal tiempo, de los frutos que no maduraban, del humo que repelía la chimenea. Aquel nombre venía á ser como una imprecación familiar, y la costumbre continuaba lo que el odio había empezado.»

Como se acercaban las elecciones de 1863, aquellos republicanos irreductibles tuvieron que concertarse sobre la conducta que habían de seguir. Muchos sostenían que el juramento no había de detenerlos, pues no era obligatorio, hallándose el *hombre* fuera de la ley. Sin embargo, otros juzgaron que la fórmula, aun corregida con esa restricción mental, tenía algo de sumisión. La reserva, aconsejada por la lógica del fanatismo, lo era también por consideraciones más prácticas: si en los programas electorales las reivindicaciones se suavizaban, ¿no sería esto un principio de reconciliación? Si, por el contrario, se presentaban bajo su aspecto terrible, ¿no se asustarían los electores? Todo anunciaba, pues, que en 1863, como en 1852, como en 1857, habría un pequeño grupo, el de los *no juramentados*, que se retraería de la lucha, no por indiferencia, por desaliento ó por inclinación á la obediencia, sino por exceso de odio y porque prefería no manejar ninguna arma á manejar una inferior á sus resentimientos.

Cuando un partido ha gobernado, aunque por poco tiempo, conserva, aun después de su caída, un estado mayor que se apropia un derecho de dirección y pretende dominar los restos dispersos. A través del imperio triunfante, los *hombres de 1848* habían conservado esa ilusión. Lamábase así á los hombres del *gobierno provisional* ó de la *comisión ejecutiva*, y á todos los que por el ejercicio de las grandes funciones públicas se habían adherido á ellos. De estos personajes, los más notables eran el Sr. Marie, abogado de gran reputación y doblemente considerado por la escrupulosa rectitud de su carácter y por la elevación de su talento; el señor Crémieux, abogado también, de inteligencia dúctil, fecondo en recursos, lleno de ocurrencias y tan brillante como grave era Marie; el Sr. Carnot, de inteligencia mediocre, pero de honradez al abrigo de toda sospecha

y portador de un nombre grato á los republicanos; Garnier-Pagés, realizado por el reflejo de su hermano como lo estaba Carnot por la ilustración paterna, hombre locuaz, solemne, de una actividad casi molesta, pero, en cambio, de una probidad intacta y de un corazón excelente. Hay aristocracias en todas partes, y muy especialmente en las democracias. Los republicanos que acabo de citar formaban la aristocracia de la república. Su derrota no les había desconcertado. La atribuían á la movilidad de los acontecimientos, á la inconstancia del pueblo y la perfidia de Napoleón. Habiendo bajado del poder con las manos limpias y la conciencia pura (que algo era), tenían la convicción de valer lo mismo como hombres de Estado que como hombres de bien. En tal disposición, juzgaban muy natural que su dictadura se prolongase y hubieran considerado como usurpación todo lo que se hubiese hecho sin ellos. Su influencia real y sus aptitudes estaban muy por debajo de esa pretensión. Varias causas contribuirían á mermar su autoridad. En primer lugar reinaba cierta indecisión en sus proyectos: en 1852, su caída reciente, su impopularidad, la magnitud de los obstáculos, todo les había impulsado á aconsejar casi en todas partes el retraimiento: en 1857, se puede decir que no entablaron la lucha sino en París, y todavía la repugnancia á prestar juramento detuvo á sus dos hombres más notables en el umbral del Cuerpo legislativo: en vísperas de las elecciones de 1863, se sentían cansados de permanecer en la inacción; pero ¿serían escuchados sus consejos é imitada su conducta? Y ¿cuál sería el resultado de la batalla? En provincias, los republicanos, después de tantos años de entorpecimiento, ¿podrían concertarse y recobrar su vigor? Además, ciertas rivalidades personales algo enconadas dificultaban la unidad de acción. El año de 1848 había visto pasar tres gobiernos: la *comisión ejecutiva* no se elevó sino eliminando parte del *gobierno provisional*, y Cavaignac creció á expensas de la *comisión ejecutiva*: todas estas transformaciones no se habían realizado sin sensibles menoscabos de situación, sin crueles rozamientos y heridas de amor propio; sucedía, pues, que aquellos vencidos de Bonaparte tenían á menudo pendiente alguna antigua cuenta de rencor: todos aquellos malos recuerdos que habían sobrevivido al golpe de Estado, al imperio, á la muerte de Cavaignac, añadirían sus dificultades propias á todas las dificultades de la lucha. En fin, los *hombres de 1848* más bien sufrían su partido que lo dominaban. De posición desahogada, tenían que defenderse contra las reclamaciones ó las amenazas de toda clase de famélicos, antiguos compañeros de revolución ó electores pasados. Hombres instruidos y penetrados del sentido de las cosas reales, se veían obligados á oír todas las divagaciones que el fanatismo ó la ignorancia inspiraba á sus aliados más exaltados. Respetuosos, en el fondo, del orden, se hallaban en la necesidad de cubrir con su aprobación aparente los ridículos ensayos de rebelión los quiméricos proyectos de sociedades secretas, en una palabra, todos los míseros esbozos revolucionarios que la policía dejaba desarrollarse para sorprenderlos en el momento oportuno y que acababan tristemente ante los tribunales. En esos días de audiencia, endosaban su toga y, exaltándose en frío, pronunciaban alguna defensa violenta que no engañaba á nadie, ni á los jue-

ces, ni al público, ni á los clientes, y los dejaba hastiados á sí mismos. ¿Qué arte disciplinaria á todos aquellos elementos diversos haciéndoles concurrir á un fin común? ¿Qué dificultades no habría para unir en la lucha electoral á los que había que contener y evitar en el tren ordinario de la vida! Estas condiciones poco favorables dejaban presentir que, si la oposición democrática vencía en París y en las grandes ciudades, sería menos por la influencia personal de sus jefes que por un vigoroso impulso del pueblo y hasta de la burguesía, uno y otra cansados de su quietud y deseosos de dar una lección al poder.

A los *hombres de 1848* se hallaban adheridos los *Cinco*, burgueses como ellos, oradores como ellos y como ellos republicanos, aunque enemigos de todo exceso. Pero la comunidad de situación no había creado amistad, ni siquiera grandes simpatías. Julio Favre, el único de los *Cinco* que había tomado parte en el gobierno de 1848, era acusado de haber denunciado y hasta de haber hecho traición á la *comisión ejecutiva*, y la ambigüedad de su conducta en aquellas circunstancias había suscitado contra él muchas iras aún no apaciguadas. Ollivier, que empezaba á crecer, inspiraba celos con su elocuencia y desconfianzas con su moderación; parecía trazarse una vía aparte, por cima de todo patronato y fuera de toda camarilla. Picard, espíritu burlón aunque triste en el fondo, había ridiculizado más de una vez á los solemnes pontífices del *gobierno provisional*. Además, los dictadores de 1848 tenían, en vísperas de las elecciones, un cargo común contra los *Cinco*; se sentían distanciados de estos hombres nuevos que habían sido los primeros en doblegarse á la obligación del juramento, que habían tomado pie en las circunscripciones más favorables, y como sus propios deseos despertaban después de un largo desdén, casi les consideraban menos como aliados que como rivales.

En el partido republicano existía otro grupo, el de los *jóvenes*.

«En aquel entonces, nos dice una correspondencia contemporánea, varios jóvenes, apenas escapados de la escuela de derecho é inscritos en la pasantía, habían acudido á París con la intención determinada de realizar varias cosas notables y particularmente de derribar al gobierno.» Aquellos jóvenes audaces, que veían de tan lejos el porvenir y se precipitaban hacia él, adhirieron á los *hombres de 1848*, de quienes eran los auxiliares y los lugartenientes naturales; pero hubieran preferido obrar más bien como coadjutores que como subordinados, y sobre todo como coadjutores á quienes seduce la futura sucesión. Tenían más ambiciones que virtudes, y la virtud que más les faltaba era el respeto á la ancianidad. Les costaba trabajo convencerse de que el hecho de haber gobernado la república y de haberla dejado caer diese derecho á una dictadura perpetua sobre los restos del partido derrocado. De modo que, buscando un patronato de que se aprovechaban, no siempre reprimían sus irreverencias. Algunos de dichos jóvenes hacían alarde del jacobinismo más ardiente; sin embargo, era ya á fines del imperio cuando el estado de descomposición general favoreció aquellas violencias. La mayor parte de ellos se contentaban con ser girondinos, girondinos muy enamorados de la elocuencia, no de la que conduce al patíbulo, sino de la que conduce á la po-

pularidad y á los honores. Ejercitábanse en el arte de bien hablar, en una porción de tertulias, la más famosa de las cuales fué la *Conferencia de abogados*. Todavía informaban raras veces en el foro; en cambio escuchaban con apasionada atención á los maestros de la palabra; por la noche, en los cafés, repetían los discursos y, alzándose maestros á su vez, empezaban á crearse entre los parroquianos un pequeño círculo de admiradores y amigos. En los debates judiciales, acechaban todo lo que podía desacreditar al imperio; así, en el reciente proceso del banquero judío Mirés, habían llenado la sala de la audiencia, anotado los testimonios y espiado los menores indicios, esperando en vano alguna revelación que comprometiese al gobierno ó á sus servidores (1). Trabajaban teniendo menos en cuenta su profesión que la política: su lectura habitual eran Maquiavelo y Montesquieu. También leían á Tácito, no porque fuesen bastante simples para comparar á Napoleón con Tiberio, sino á fin de hacer provisión de dardos muy aceros. Les gustaban mucho las correspondencias de *La Independencia belga* ó del *Temps*: en cambio sentían que su partido tuviese por órgano el *Siècle*, medio vendido al poder, y *La Opinión Nacional*, muy afecto al Palais-Royal. De los periódicos el único que saboreaban del todo era el *Temps*, que el Sr. Nafitzer acababa de fundar y que aspiraba á ser el *Diario de los Debates* de la democracia. Tenían sus días de impaciencia, de desaliento, y también ellos hablaban de abstención; pero pronto recobraban la esperanza propia de la gente joven. Tenían puestos los ojos principalmente en el Palacio Borbón. Había allí una tribuna de diez y ocho asientos, y la habían monopolizado. Los porteros los conocían á todos, y los diputados los contemplaban con desconfianza. Pronto se les llamó los *auditores del Cuerpo legislativo*. Parecían un batallón escolar de la política, en ejercicio de la pequeña guerra, con un desmedido deseo de empezar la grande. Levantada la sesión, la prolongaban en interminables paseos en que discutían las cuestiones, los incidentes y á los oradores. Después de los grandes debates, formaban cortejo á los *Cinco*. Julio Favre intimidaba con la impecable perfección y el tono altivo de su elocuencia; Darimón repetía demasiado á Proudhón y le juzgaban fastidioso; Picard, ocurente, escéptico, amable, les parecía á todos un contemporáneo, casi un amigo; más accesible que Julio Favre y más elevado que Picard, Ollivier seducía más que los otros por su amplitud meridional y por el acento de sinceridad que se despreñía de su elocuente palabra. Algunos de aquellos jóvenes tenían celos de sus correccionarios, pero la mayor parte de ellos estaban persuadidos de que la unión valía más que la envidia, y, como verdaderas sociedades de admiración mutua, se pronosticaban mutuamente la celebridad. Como las elecciones de 1863 se acercaban, manifestaron gran empeño en eclipsarse detrás de los hombres de 1848, pero detrás de los más viejos, detrás de los que durarían menos. Ellos se mostraban modestos, con intermitentes impulsos de ambición, como si hubiesen querido explorar el terreno en que podrían avanzar; serían los secretarios de los comités, simples soldados del partido: sin embar-

(1) Las piezas del expediente comprometieron á varios personajes de la camarilla imperial; pero nada se translució en la audiencia.

go, no desperdiciarían la ocasión de sacrificarse. Ya percibían en torno suyo un ligero murmullo de nombradía que les encantaba. Ya se citaban algunos nombres: Hérold, Floquet, Julio Ferry; y entre estos jóvenes abogados (porque casi todos pertenecían al foro), uno principalmente que, aunque pasante todavía, llamaba ya la atención por su aspecto extraño é inculdo, por sus elocuentes arrebatos, por un no sé qué de perspicaz y de apasionado á la vez. Hubiérase dicho que reunía la fuerza expansiva de nuestro Mediodía y la fineza de Italia. Se llamaba León Gambetta.

Tal era el partido republicano, sin contar los grupos obreros ó socialistas que no se organizaron sólidamente hasta más tarde.

El partido legitimista había ganado en aquellos últimos tiempos preciosos refuerzos con la evolución de los católicos. Pero, á pesar de esto, su condición era precaria. En el momento de anunciarse la lucha electoral iba á surgir para él una gran dificultad, no de sus adversarios, sino de su propio jefe.

Desde la proclamación del imperio, las circulares del conde de Chambord habían recomendado el retraimiento; y hasta al principio del reinado, el consejo, ó mejor dicho, la orden (pues el príncipe procedía por medio de órdenes), pareció á muchos excesiva. A medida que se fueron desarrollando los acontecimientos, la prudencia de aquellas direcciones pareció cada vez más dudosa. Aumentadas las atribuciones de la Cámara, ¿habían de obstinarse los legitimistas en vivir como emigrados en su propio país? En los peligros del Pontificado y de la Iglesia, ¿asumiría el príncipe la responsabilidad de negar al clero y á los católicos el concurso de sus amigos? Los orleanistas habían anunciado su propósito de tentar fortuna en las elecciones; ¿se le dejaría todo el honor de la defensa religiosa, todos los beneficios de la oposición independiente? ¿No era de temer que tan estrecha conducta inclinase por segunda vez hacia el imperio á los católicos desengañados, y conciliase con la monarquía de 1830 á todos los amigos de las instituciones representativas? Uno de los más elocuentes y enérgicos en hablar de este modo era el Sr. de Falloux. Desde 1861, éste había dirigido al duque de Levis, mandatario general del príncipe, varias exposiciones apremiantes, y como sus consejos resultasen vanos, había hecho llegar hasta Frohsdorf la expresión de sus quejas y de sus deseos: no se hacía ilusiones sobre los triunfos electorales que se podían obtener; pero juzgaba que la inacción era peor que cualquier derrota: por consiguiente, suplicaba á su soberano que levantase la prohibición ó que al menos la convirtiese en simple consejo (1).

Falloux contaba muchos enemigos en la pequeña corte de Frohsdorf. Este personaje, de espíritu tan desenvuelto como firme, tenía en su contra su propia ilustración: su mayor desgracia estaba en mostrarse demasiado político en medio de gentes que no lo eran bastante, y tenía además el defecto de no disimular y aun de exagerar á veces la insuficiencia de sus amigos. Entre los realistas, había un hombre á quien todas las osadías parecían estarle permitidas. Berryer era honra y ornato

(1) Véase *Mémoires* de M. de Falloux, tomo II, págs. 345 y siguientes.

del partido, y hacía treinta años que proyectaba su reflejo sobre él. En junio de 1862, en ocasión en que el príncipe recibía á sus fieles en Lucerna, los cortesanos del destierro más perspicaces enviaron mensaje tras mensaje al glorioso anciano, para que fuese á reunirse con ellos lo más pronto posible. Dócil al llamamiento, el gran orador partió para Lucerna, donde se hallaban congregados 3.400 legitimistas: eran pocos para Francia entera, el número era enorme para una corte de desterrado. El conde de Chambord era uno de los hombres más simpáticos de su tiempo: Berryer, por su parte, era de alma vibrante, y su corazón palpitaba á punto de estallar cuando se acercaba á su rey. El príncipe prodigó al más ilustre de sus amigos las pruebas de su cordialidad, de su gratitud y de su afecto; y Berryer, al contacto, se sintió rejuvenecer. «La causa no ha muerto,» escribía en un verdadero desbordamiento de alegría y de entusiasmo. A las efusiones de la abnegación habían de suceder las negociaciones de la política. El príncipe autorizó, pareció autorizar cierta inteligencia entre los jefes parlamentarios: aprovechaba que los hombres de los antiguos partidos se concertasen y se uniesen. Berryer, que fácilmente concebía esperanzas, creyó que aquella inteligencia implicaría una acción común en el terreno electoral. Pero cuando se hubo disipado el último ruido de las fiestas de Lucerna, hubo que reconocer que no se había ganado nada, y el príncipe, que había prodigado las buenas palabras, volvió á mostrarse tan inflexible como antes. Hubo en las negociaciones una interrupción y como un momento de silenciosa desconfianza. Sin embargo, los realistas más activos, los Sres. de Kerdrel y de Larcy, Leopoldo de Gaillard y otros, desde el fondo de sus provincias, dirigían á los jefes del partido, y sobre todo á Berryer, llamamientos desesperados: no comprendían el retraimiento, *esa manera de morir*: cualquier combate, por grande que fuese la derrota, sería menos perjudicial que la inercia. De todas esas cartas, las más osadas y abundantes en poderosas razones eran las de Kerdrel. «Con ese sistema, escribía el 19 de marzo de 1863, no hay inteligencia ni fusión posible; el rey se queda en rey de sus amigos, siendo cada vez menos el de los franceses (2).» No era posible expresarse mejor ni con un patriotismo más perspicaz. Berryer cogió la carta y, acompañada de una copia de su contestación, la envió á Frohsdorf como última súplica. El supremo llamamiento no fué atendido. En esto llegó la época de las elecciones.

Al lado de los legitimistas se agitaban los *católicos puros*. ¿Podía decirse que éstos formaban un partido? Un cambio de política gubernamental los había apartado del imperio: un cambio contrario bastaría para restablecer, si no la antigua intimidad, al menos un estado de paz decoroso. Se recordará cómo se afirmó, en el terreno parlamentario, la oposición de la derecha. En 22 de marzo de 1861, estándose discutiendo el párrafo del mensaje relativo á las cuestiones romanas, 91 diputados, resistiendo á todo reproche y á toda súplica, formularon un voto de censura muy moderado, pero muy terminante, contra la conducta seguida respecto á la Santa Sede y respecto á Italia. En la camarilla del so-

(2) Véase *Vie de Berryer*, por M. Charles de Lacombe, tomo III, pág. 396.